

mostrar impaciencia en las adversidades que Dios le envía. Por el contrario, debe adorar aquella mano benéfica, y conocer que obra como padre amoroso, que castiga y corrige á su hijo á proporcion de lo que le ama. Este modo de pensar será, ó Dios mio, el que tendré yo todos los dias de mi vida. Me abrazo con vuestra cruz sacrosanta; adoro el precio infinito que de ella estuvo pendiente para mi salud y mi rescate; imploro vuestros soberanos auxilios, y con ellos ni temo las aflicciones, ni me acobardan los trabajos, ni rehusó la lucha con todas las fuerzas del abismo; porque, si vos estais conmigo, ¿quién será capaz de hacerme el mas leve daño?

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN ALEJO, CONFESOR.

Celebra la Iglesia en este dia la fiesta de san Alejo, tan conocido por el generoso desprecio que hizo de los gustos y conveniencias de esta vida, y por la heroica victoria que consiguió de la carne y de la sangre.

Nació en Roma hácia la mitad del cuarto siglo, siendo emperador Valentiniano I. Su padre fué Eufemiano, uno de los mas ricos y mas ilustres senadores de la ciudad: su madre Aglais, cuya nobleza era igual y en todo correspondiente á la de su esposo; pero ambos mas recomendables por su notoria virtud que por su nacimiento ni por sus bienes de fortuna. Su casa era el abrigo de todos los pobres, y su caridad parece que no podia llegar á mas. Fuera de las muchas limosnas secretas que repartian entre los pobres honrados y vergonzantes, cada dia daban de

comer á trescientos ó cuatrocientos á la puerta de su casa; de manera que todas sus grandes rentas se consumian en limosnas. Inclinábalos mas á esta misericordiosa liberalidad el hallarse sin sucesion; pero al fin, les concedió el cielo un hijo que desde luego consideraron como fruto de sus limosnas y de sus oraciones.

El nacimiento de Alejo llenó de gozo á toda la familia; pero la santidad de su vida la colmó con el tiempo de gloria y de esplendor. Pasó los primeros años de su niñez en compañía de sus padres, cuyos ejemplos y cuya doctrina eran igualmente eficaces para grabar en su tierno corazon el amor á todas las virtudes. Pusieron el mayor cuidado en buscarle maestros que fuesen tan hábiles en la ciencia de los santos como en las ciencias humanas. Hizo en estas en muy poco tiempo tan extraordinarios progresos, que acreditó bien la excelencia de su ingenio; y como por otra parte era de índole suave y apacible, de mucha viveza y de rara penetracion, acompañado todo de unos modales naturalmente gratos y cortesanos, en pocos años fué la admiracion de la ciudad y de la corte.

Pero todo esto le hacia poca impresion. Al paso que iba creciendo en sabiduría, crecia tambien en virtud, y desde luego se reconoció el tedio y el disgusto á las cosas del mundo que le inspiraba su tierna devocion. Por lo mismo se dieron prisa sus padres en hacerle tomar estado; y significándole el deseo que tenian de casarle cuanto antes, prestó su consentimiento. Tanto por su nacimiento, como por sus grandes bienes y por su notoria virtud, se le proporcionó con la mayor facilidad la mas apreciable conveniencia: era una doncella romana de la primera calidad, en quien competian la virtud y la hermosura, formada, al parecer, expresamente por el cielo para coronar las felicidades

T. 7.

P. 395.



SANTIAGO APOSTOL.

LLANADO EL MAYOR.

de aquella ilustre familia. Habia cõdescendido Alejo con la voluntad de sus padres , precisamente por el respeto que les profesaba , y por el miedo de no disgustarlos con la resistencia ; en cuya consideracion la boda que se acababa de celebrar con grande solemnidad , no le entibió el fervoroso deseo de ser todo de Dios , sin repartir el corazon con criatura alguna.

Encendiósele mas este deseo luego que se desposó ; y tomó la generosa resolucion de romper de una vez todos los lazos que podian aprisionarle en el mundo. Persuadióse de que sola la fuga le pôdia facilitar la ejecucion de su generoso intento ; y el mismo Dios que se la inspiró , le sostuvo en ella. Mientras la casa de Eufemiano se hundia , por decirlo así , con la fiesta de la boda , y mientras toda la ciudad concurría á ella , interesándose toda en su justo regocijo , entró Alejo en el cuarto de su esposa , presentóle una sortija y un cintillo de inestimable valor , suplicóle que se sirviese admitir aquella corta demostracion como una prenda de su tierno amor , y sin decirle mas , se retiró ; salióse secretamente de la casa de sus padres , y dirigiéndose disfrazado al puerto , se metió en un navío que estaba para partir , y se hizo á la vela para Laodicea.

Tardó poco en saberse la inesperada fuga de Alejo. Convirtióse la casa de Eufemiano en llanto y en clamores , poniéndose toda en movimiento. Buscanle , infórmanse , preguntan , examinan , despáchanse propios á todas partes ; pero todo inútilmente. Estaba ya Alejo en alta mar cuando le andaban buscando dentro de Rõma. No cabe en la ponderacion el dolor de sus afligidos padres cuando perdieron todo las esperanzas de tener noticias de él ; todo era llanto , sollozos y suspiros ; el padre sumergido en la afliccion , la madre sin consuelo , la mujer jóven y desamparada , dia y noche deshaciéndose en lágrimas ;

solo se explicaban por los ojos, y si pronunciaban alguna palabra, eran estas: *¿Dónde estás, nuestro querido Alejo?* Entre tanto llegó el santo á Laodicea, y temiendo ser conocido en esta ciudad, partió á pié para Edesa, donde resolvió fijar su asiento, como pueblo muy á propósito para vivir desconocido y en una extrema pobreza. Repartió entre los pobres lo que le habia quedado, y se entregó en manos de la Providencia. Por ser extranjero, por el aire de simplicidad que afectaba, por lo pobre y andrajoso de su vestido logró buena cosecha de insultos y desprecios. Mirábanle como á un hombre sin mansion y sin oficio, como á un holgazan y vagamundo, por lo cual le daban limosna con dificultad y de mala gana. Los muchachos le escarnecian, el vulgo le ultrajaba, y en aquel general abatimiento triunfaba Alejo, inundado su corazon en una santa alegría, viéndose harto de oprobios, á imitación de su divino Maestro.

Por su tierna devocion á la santísima Virgen, que habia mamado con la leche, y habia crecido con la edad, escogió la iglesia de nuestra Señora para su residencia ordinaria. Pedia limosna á la puerta de esta iglesia algunas horas del dia, y las demás las pasaba en oracion. Por la noche dormia en el pórtico de ella tendido en la dura tierra.

Era muy contrario este género de vida á aquella en que se habia criado, y así en breve tiempo se desfiguró de manera que no era posible conocerle. Llegaron á Edesa en busca suya algunos criados de su padre, con la noticia que tuvieron de que un mancebo se habia embarcado para el Oriente; conociólos él muy bien, pidióles limosna, y se la dieron, sin saber á quién la daban. No estuvo largo tiempo escondida una virtud tan extraordinaria; dióse á conocer, á pesar de sus andrajos y de sus diligencias para

ocultarla, confundiéndose con la gente mas vil, y afectando groseria en sus modales. Corrió la voz por la ciudad, de que el extranjero que pedia limosna á la puerta de la iglesia de nuestra Señora no era lo que parecia. Cada uno contaba lo que habia notado en él: unos ensalzaban su modestia y su dulzura: otros su recogimiento, su devocion, su humildad y su paciencia. Todo esto servia de mortificacion á nuestro santo, haciéndosele intolerable la estimacion con que le comenzaban á tratar; pero lo que aumentó mas su reputacion, y lo que acrecentó tambien el dolor á su humildad, fué el milagroso testimonio que el mismo Dios quiso dar de su virtud. Considerando un dia el sacristan de nuestra Señora la humildad, el agrado, la constancia y el continuo ejercicio de oracion que habia observado en Alejo, oyó una voz que le pareció salir del simulacro de la santísima Virgen, colocado sobre la puerta, la cual le decia que aquel pobre que nunca se apartaba del pórtico de la iglesia era un gran siervo de Dios, cuyas oraciones podian mucho con el Señor. El buen sacerdote, que ya de antemano le miraba con veneracion, le hizo grandes instancias para que admitiese un cuarto en su casa, ofreciendo asistirle con todo lo necesario para la vida.

Sobrado era esto para sobresaltar á la humildad del siervo de Dios; pero lo que últimamente le determinó á dejar un país donde era ya tan honrado, fué otro segundo testimonio que dió el Señor de la santidad de su siervo; porque, hallando un dia cerrada la puerta de la iglesia, oyó el portero á la misma imágen, que le decia: *Abre, y deja entrar al hombre de Dios, cuyas oraciones son tan bien recibidas en el cielo*: milagroso suceso, que, extendido por toda la ciudad, obligó á Alejo á salir de ella cuanto antes. Embarcóse en el primer navío que se hizo á la vela, suplicando al

Señor le encaminase donde fuese su voluntad. Era el intento del capitán y de la tripulación partir á Laodicea, y el pensamiento de nuestro santo trasferirse desde allí á Tarso; pero una furiosa tempestad llevó el navío á las costas de Italia, y le metió en el puerto de Roma.

Conoció entonces Alejo que Dios le habia conducido á su mismo país para disponerle á una victoria mucho mas gloriosa que todas las antecedentes. En fuerza de esta luz, resolvió entrar en Roma para vivir en ella como habia vivido en Edesa: y queriendo el Señor dar á su Iglesia un ejemplo del mas perfecto desasimiento que se habia visto hasta entonces, y la prueba mas sensible de lo que puede su gracia, le inspiró la resolución de irse directamente á la casa de sus mismos padres, sabiendo la caridad con que eran recibidos en ella todos los pobres. Lleno de valor, y de un fervoroso deseo de corresponder con fidelidad al interior impulso de la gracia, llegó á la puerta del palacio de Eufemiano, y acercándose á él cuando volvía del senado, le dijo: *Señor, tened piedad de este pobre de Jesucristo, y permitid se recoja en algun rincón de vuestro palacio, que Dios os pagará esta grande caridad.* Enterneciéndose extraordinariamente Eufemiano al oír aquella humilde súplica, y admirado él mismo de no poder contener las lágrimas á la vista de aquel pobre extranjero, dió orden á un criado de que le alojase en algun rincón, y cuidase de darle de comer todos los dias. No gustó mucho el criado de tal orden, teniéndola por sobrecarga; y mirando con ceño al pobre que le ocasionaba aquel lijero trabajo, despues de hartarle de injurias y desprecios, le alojó en un aposentillo muy oscuro debajo de la escalera principal. Luego que Alejo se vió en él, fué su primera diligencia dar muchas gracias al Señor por verse tan maltratado en la misma casa de su padre.

No es fácil explicar lo mucho que el santo tuvo que sufrir de la insolencia y de la rusticidad de los criados por espacio de diez y siete años que le duró aquella vida. Teniéndole por algun esclavo fugitivo, ó á lo menos por un holgazán y vagabundo de la mas vil canalla del pueblo, le hicieron objeto y asunto de sus pesadísimas burlas; su inalterable paciencia y mansedumbre le calificaban de estúpido; muchas veces le dejaban sin comer, y nunca le daban un triste bocado sin sazonársele con alguna injuria. Alejo por su parte jamás estaba mas contento que cuando se veía mas maltratado; pero no dándose por satisfecho con esto, á los malos tratamientos de los otros añadia él rigurosas penitencias. Su cama era la tierra; sus muebles un crucifijo; su ayuno continuo; su alimento pan y agua, y eso con tanta escasez, que no se comprendía cómo podia vivir; su ocupación de dia y de noche era la oración. Nunca salía para ir á otra parte que á la iglesia; comulgaba todos los domingos; y las dulces lágrimas que derramaba eran efectos del divino fuego que abrasaba y derrétiá su corazón.

Pero ni la dureza de los criados, ni el rigor de sus penitencias era lo que le mortificaba mas; el tormento mas terrible y el mayor dolor que despedazaba su tierno corazón era el de tener siempre á la vista á un padre afligido, á una madre inconsolable, y oír incesantemente los ayes y los suspiros de una esposa, que mil veces al dia pronunciaba el dulce nombre de Alejo. Como tenía perpetuamente delante de los ojos estos objetos tan halagüeños como tentadores, cada momento renovaban en su amoroso pecho los naturales impulsos del amor y de la ternura; pero acudia inmediatamente á la oración: protegiale la santísima Virgen; sostenia la gracia su valor, y le daba fuerzas para resistir á tan porfiados y tan furiosos asaltos.

Después de diez y siete años de tantas victorias como combates, quiso, en fin, premiar el Señor la heroica fidelidad de su gran siervo. Sabiendo por revelacion divina el día y la hora de su muerte, se sintió fuertemente inspirado de Dios para manifestar al mundo las maravillas de la gracia, escribiendo él mismo la historia de su vida, que con tanto cuidado habia escondido á su conocimiento. Hizolo así, expresando individualmente en un papel todos los pasos de su vida, su nombre, el de sus padres, el regalo que hizo á su esposa el día de la boda, con todas las circunstancias mas menudas de su niñez y de su educacion; cerróle, apretóle en la mano, púsose en oracion, y colmado de merecimientos pasó dulcemente al descanso del Señor.

Aun no se sabia su muerte á tiempo que Eufemiano se hallaba en la iglesia de San Pedro asistiendo á la misa que celebraba el papa Inocencio I en presencia del emperador Honorio, donde se oyó una milagrosa voz que decia: *Acaba de espirar el siervo de Dios: es grande su poder, y murió en casa de Eufemiano.* Fué general el asombro; pero mas que todos se sorprendió Eufemiano, el cual, llegándose al emperador, le dijo: *Señor, si es cierto lo que nos anuncia esta voz, el santo no puede ser otro, que un pobre extranjero á quien muchos años ha recogí en mi casa por caridad.*

Luego que se acabó la misa, el papa y el emperador, seguidos de innumerable gentio, se dirigieron á casa del senador Eufemiano. Acudieron inmediatamente al aposentillo del siervo de Dios, y le hallaron muerto, tendido en el suelo. Al mismo tiempo que todos los concurrentes estaban preocupados de los primeros movimientos de respeto y de veneracion, se reparó que tenia un papel cerrado en la mano. El ansia y la curiosidad de saber lo que contenia movió á Eufemiano á querérsele tomar; pero no pudo

arrancársele. Mandó el papa que todos se hincasen de rodillas; y dichas algunas oraciones, él mismo se le sacó sin dificultad, y le entregó á Aecio, canceller de la Iglesia romana, mandándole que le leyese en alta voz. No hay voces para explicar el asombro y la admiracion de todos cuando llegaron á entender que el imaginado extranjero era Alejo, hijo del senador Eufemiano; y se enteraron de toda la historia de su portentosa vida.

Mas fáciles son de concebir los afectos de las diferentes pasiones que se apoderaron de todos los concurrentes, con especialidad de Eufemiano y de toda su familia. Al primer pasmo sucedió inmediatamente la admiracion y el sentimiento, el gozo y el dolor; y batallando entre estos distintos afectos el corazon de aquel dichoso padre, se arrojó sobre el cuerpo de su hijo, explicándose no con voces, sino con lágrimas y gemidos.

Mientras se procuraba arrancar al venerable anciano del santo cadáver, llegaron la madre y la esposa del siervo de Dios. No es posible ver espectáculo mas tierno; regaron el cuerpo con sus lágrimas, sin poder al principio articular una palabra, cortándolas el respeto y el dolor; pero al fin, pudiendo el dolor mas que el respeto, se desahogaron las dos en quejas amorosas: *Hijo mio Alejo* (exclamó la madre), *¿es posible que siquiera no me hayas dejado recibir tus últimos suspiros? Esposo mio de mi vida* (continuó la nuera), *¿qué te hice yo para que me hayas tratado así? ¿Es posible que era mi hijo* (volvía á exclamar la madre) *aquel pobre que todos los días tenia delante de mis ojos! ¿Es posible* (volvía á decir la nuera) *que aquel pobre tan mal sustentado y tan ultrajado era mi dulce esposo, y que no lo haya sabido yo hasta ahora que ya no está en esta vida!*

Extendida por toda la ciudad la noticia de esta ma-

ravilla, acudió toda Roma al palacio de Eufemiano, ansioso cada uno de lograr el consuelo de besar, ó á lo menos de ver el santo cuerpo. Creció el concurso con los milagros que obró Dios en la misma hora; y aunque se arrojaron monedas al pueblo para divertir la gente y para que se retirase, pudo mas la devocion que la codicia; de manera que no fué posible abrir paso por el concurso para conducir el cadáver á la iglesia hasta que los soldados le abrieron con espada en mano. Acompañáronle el papa, el emperador y todo el senado, convirtiéndose los funerales en un triunfo tan pomposo cual no le vió Roma semejante. Al principio se llevó el santo cuerpo á la iglesia de San Pedro para que el pueblo lograse la satisfaccion de verle y de venerarle, y de allí fué trasladado á la de San Bonifacio, donde se habia desposado. Su padre, su madre y su esposa estuvieron siete dias enteros sin separarse de sus reliquias. Erigiósele un magnífico sepulcro, que hizo glorioso el Señor con gran número de milagros, y con el tiempo se convirtió en iglesia de San Alejo el palacio de Eufemiano, que estaba en el monte Aventino, donde aun el dia de hoy se muestran algunos pasos de la escalera, bajo la cual estaba el aposentillo del santo, y tambien una imágen de nuestra Señora, que se dice ser la misma que estaba colocada sobre la puerta de la iglesia de Edesa, y habló al sacristan en favor de san Alejo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Alejo, confesor, hijo del senador Eufemiano, el cual la noche de sus bodas abandonó su casa sin conocer á su esposa; y habiendo vuelto á la casa de sus padres despues de una larga peregrinacion, fué recibido en ella como un pobre, viviendo como tal diez y siete años, engañando as al mundo con santa astucia. Mas reconociólo á su muerte por

una voz oida en las iglesias, y por una esquila escrita de su puño, fué trasportado con la mayor pompa por el papa san Inocencio I á la iglesia de San Bonifacio, donde se ilustró con muchos milagros.

En Cartago, la fiesta de los mártires Scillitains, san Esperato, san Narzales, san Cilino, san Vetura, san Félix, san Acilino, san Letancio, santa Inánaria, santa Generosa, santa Vestina, santa Donata y santa Segunda, que por orden del presidente Saturnino fueron presos y atados á unos pilares, y como se mantuviesen firmes en confesar á Jesucristo, fueron por último pasados á cuchillo. Las reliquias de san Esperato fueron trasladadas de Africa á Francia con los huesos de san Cipriano y la cabeza de san Pantaleon, mártir, y depositadas con mucha veneracion en la iglesia de San Juan Bautista de Leon.

En Arnastrida en Paflagonda, san Jacinto, mártir, que murió en la cárcel, despues de haber padecido mucho bajo el presidente Castricio.

En Tivoli, san Generoso, mártir.

En Constantinopla, santa Teodata, mártir, bajo Leon el Iconoclasta.

En Roma, la muerte de Leon IV, papa.

En Pavia, san Enodo, obispo y confesor.

En Auxerre, san Teodosio, obispo.

En Milan, santa Marcelina, vírgen, hermana de san Ambrosio, obispo, que recibió el velo de religiosa en la basilica de San Pedro en Roma, de mano del papa Liberio, y cuya santidad es atestiguada por san Ambrosio en sus escritos.

En Venecia, la traslacion de santa Marina, vírgen.

En Chalonne en Anjou, san Hervé, confesor.

En Sebaste, el martirio de san Atenógenes, cor-episcopo en Pedachthoé, quemado por la fe, con quien padecieron tambien otros diez cristianos. Las reliquias de aquel fueron llevadas á una iglesia edificada en los márgenes del Eufrátes.

En dicho día, el martirio de santa Marina, nativa de Antioquia de Pisidia, hija de Edeso, sacerdote de los ídolos, decapitada bajo el prefecto Olibro.

En Inglaterra, san Quenelmo, príncipe de los Mericianos, mártir.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos beati Alexii, confessoris tui, annua solemnitate lætificas; concede propitiis, ut ejus natalitia colimus, etiam actiones imitemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad del bienaventurado Alejo, tu confesor; concédenos que imitemos las acciones de aquel, cuyo nacimiento al cielo celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 6 de la primera que el apóstol san Pablo escribió á Timoteo.

Charissime: Est quæstus magnus, pietas cum sufficientia. Nihil enim intulimus in hunc mundum; haud dubium quòd nec auferre quid possumus. Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus. Nam qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia et nociva, quæ mergunt homines in interitum et perditionem. Radix enim omnium malorum est cupiditas, quam quidam appetentes, erraverunt à fide, et inseruerunt se doloribus multis. Tu autem, ó homo Dei, hæc fuge, sectare verò justitiam, pietatem, fidem, charitatem, patientiam,

Carísimo: La piedad juntamente con el contentarse con poco es una grande ganancia. Porque nada trajimos á este mundo, y no hay duda que nada podemos sacar de él. Pero teniendo alimentos y con qué cubrirnos, contentémonos con esto. Porque los que quieren enriquecerse, caen en la tentacion, y en el lazo del diablo y en muchos deseos inútiles y nocivos, los cuales sumergen á los hombres en la muerte y en la perdicion. Porque la raíz de todos los males es la codicia, por cuyo amor algunos se apartaron de la fe, y se mezclaron en muchos dolores. Pero tú, ó hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la

mansuetudinem. Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam æternam.

piEDAD, la fe, la caridad, la paciencia y la mansedumbre. Pelea en la buena guerra de la fe, y coge la vida eterna.

NOTA.

« San Timoteo era natural de Listris, y en opinion » de Orígenes, pariente de san Pablo. Antes que el » Apóstol entrase en aquella ciudad habia en ella » bastante número de fieles; admitió á Timoteo por » discípulo, y le escogió para compañero de sus » viajes; ordenóle obispo de Éfeso, y poco despues » que le dejó en esta iglesia le escribió desde Macedonia la primera carta hácia el año 64 de Cristo. »

REFLEXIONES.

La concupiscencia es la raíz de todos los males: algunos, dejándose arrastrar de ella, se descaminaron en la fe, y se precipitaron en mil trabajos y calamidades. No acusemos, pues, la malicia de nuestros enemigos ni la emulacion de nuestros competidores, ni la malignidad de los envidiosos en la multitud de los funestos accidentes que nos hacen gemir. No atribuyamos nuestros disgustos al mal humor de las gentes con quienes vivimos; nosotros mismos somos la única causa de nuestros trabajos y de nuestras inquietudes. En nuestro corazon está el lago fatal de donde se levantan aquellos negros vapores que forman las nubes, que turban la serenidad de nuestros días, y que frecuentemente se resuelven en tan furiosas tempestades. La concupiscencia es el triste origen de aquellos impetuosos torrentes, que inundan, que arrastran y arruinan á los mismos lugares donde se forman. Sufoca el amor de los deleites, apaga el deseo de las riquezas, y presto lograrás una gran calma; pero si se dejan crecer las pasiones;

si se suelta la rienda al insaciable ardor de la concupiscencia ; si no tiene freno el orgullo , ni la ambicion reconoce límites , ¡qué diluvio de males se han de desgajar precisamente sobre el corazon ! Entregado este como miserable presa á las pasiones , de necesidad ha de ser su triste víctima . Y si solo se sacrificaran los bienes , la vida y el sosiego , algun dia podríamos consolarnos quizá de esta pérdida ; pero no hay pasion que no hiera al alma , todas conspiran contra nuestra salvacion . El primer efecto de la concupiscencia es oscurecer el entendimiento , debilitar la razon y corromper el corazon : corrompido este , ¿cuáles serán las costumbres ? ¿cuál será la fe , cuál la religion de unas costumbres estragadas ? La pasion ofusca al entendimiento ; dominando la concupiscencia , nunca se ven los objetos como son . En racionios naturales se puede errar inocentemente ; la opinion es mas universal que la ciencia ; pero en materia de fe no hay error voluntario que no sea culpable , ninguno que no guie al precipicio , ninguno que no sea mortal . ¿Te descaminas en esta materia ? nada te debe afligir mas , puesto que Jesucristo te enseñó el verdadero camino de la salvacion , y te dejó reglas infalibles . Mas al fin , para quien conoce la lijereza del espíritu humano y para quien sabe lo corrompido que está el corazon del hombre , no es cosa incomprensible el que una vez desbarre : mas lo que no se puede comprender es la terquedad con que se obstina en descaminarse en medio del dia ; el empeño en querer dar mas asenso á su espíritu que al de la Iglesia . Todo esto es obra de la pasion ; el primer fruto de la concupiscencia es la ceguedad . En dejándose arrastrar de aquella , se desvía de la fe , y al menor desvío de la fe se aleja mucho del verdadero camino . Ahoga la pasion , y cesarán las herejías ; destierra la concupiscencia , y á todos los herejes los verás presto convertidos .

El evangelio es del cap. 19 de san Mateo.

In illo tempore , dixit Petrus ad Jesum : Ecce nos reliquimus omnia , et secuti sumus te : quid ergo erit nobis ? Jesus autem dixit illis : Amen dico vobis , quod vos , qui secuti estis me , in regeneratione , cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ , sedebitis et vos super sedes duodecim , judicantes duodecim tribus Israel . Et omnis qui reliquerit domum , vel fratres , aut sorores , aut patrem , aut matrem , aut uxorem , aut filios , aut agros , propter nomen meum , centuplum accipiet , et vitam æternam possidebit .

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus : Hé aquí que nosotros lo hemos abandonado todo , y te hemos seguido : ¿qué premio , pues , recibiremos ? Pero Jesus les respondió : En verdad os digo , que vosotros que me habeis seguido , en la regeneracion , cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria , os sentaréis tambien vosotros en doce tronos , y juzgaréis á las doce tribus de Israel . Y todo aquel que dejare ó su casa , ó sus hermanos , ó hermanas , ó á su padre ó madre , ó á su mujer ó hijos , ó sus posesiones por causa de mi nombre , recibirá ciento por uno , y poseerá la vida eterna...

MEDITACION.

DE LA VIDA OSCURA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es muy ventajoso , así para la salvacion como para la quietud , el nacimiento humilde , la condicion oscura , y la vida privada y escondida . ¿De cuántos estorbos para la salvacion , y de cuántos peligros se libra un hombre de mediana esfera ! ¿de cuántos disgustos se exime ! No , ciertamente ; los grandes del mundo no son los mas dichosos . Acaso se hablaria con mayor propiedad si se dijese que no hay hombres mas dignos de compasion que los grandes del mundo . Ya se sabe que los lugares mas altos son